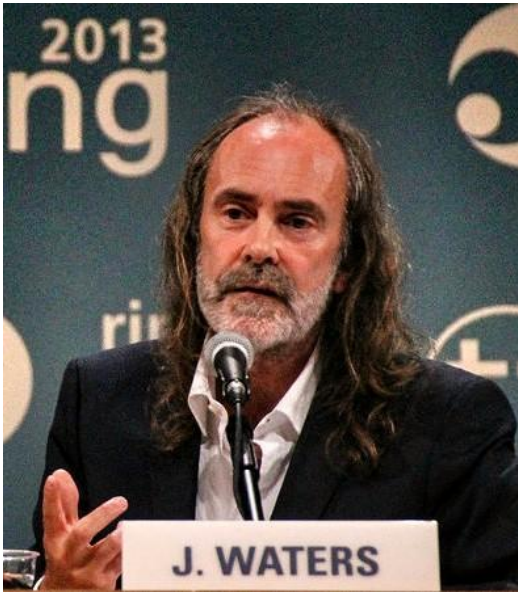


34° Meeting de Rimini



Intervención de John Waters

21 de agosto de 2013

Traducción de
Elena Faccia Serrano

Imaginaos un hombre que camina por una tierra salvaje durante muchos meses, años, toda la vida. Como, en un cierto sentido, hemos hecho también nosotros – a lo largo del recorrido de nuestros antepasados hemos caminado a través de la jungla para llegar hasta aquí. Esto es el hombre, cada uno de nosotros es así.

Sigue adelante, recogiendo frutos de los arbustos, buscando el alimento donde puede, encontrando refugio bajo las rocas o los árboles. Después, se detiene cerca de la carretera y se acampa. Aprende a cultivar las plantas y se asombra, siempre, de la capacidad del mundo de responder a sus necesidades: parte un sentido de dependencia. Es consciente de que las cosas le son dadas, que en la realidad hay una fuerza que provee y protege. Se conmueve por esto, da las gracias y, a veces, pide ayuda.

Pero en un determinado momento imaginaos que este hombre, que podríamos ser tú o yo, sigue caminando y llega a un lugar nuevo, totalmente distinto del lugar del que ha llegado. Un día llega a un edificio. De hecho, es un aeropuerto, si bien no ha visto nada

igual y no puede saber qué es. La idea del vuelo humano es para él algo extraordinario, sobrenatural.

Entra por las puertas de algo que, de hecho, es un aparato que transporta gente desde la entrada al avión y viceversa. Tanto para los que han proyectado este aparato como para los que lo utilizan, las personas son mercancías, cifras de utilización del transporte aéreo; sus vidas se miden en millas de vuelo, en cantidad de equipaje concedido y número de pasajeros.

El hombre procedente de la tierra salvaje está maravillado por este aparato. No consigue acostumbrarse a su esplendor y a la eficiencia con la que transporta a las personas de un lugar a otro, como tampoco al hecho de que las personas no se oponen a ser transportadas mientras colaboran a su propia deshumanización. Los mira mientras se quitan sus cinturones y zapatos, y levantan los brazos para ser registrados.

Sube por la escalera mecánica e intenta caminar en dirección opuesta. En el café del aeropuerto agarra un croissant del mostrador y se lo come, como solía hacer con las bayas en la tierra salvaje. Le regañan y le dicen: «Venden fruta en la otra tienda, por allí». Se dirige a la frutería y agarra una manzana. Antes de morderla bendice mirando hacia arriba. La dependiente lo mira con sospecha y pregunta: «¿Qué haces?». «Doy las gracias por la manzana», responde. «De nada», dice la dependienta, añadiendo a continuación «pero me tienes que pagar la manzana». El hombre sigue mirando hacia arriba y la dependienta dice: «¿Quién crees que hay allí arriba? ¿Estás loco?».

Muy pronto el hombre aprende que aquí las reglas son muy distintas. Necesita dinero, necesita trabajar; encuentra trabajo limpiando zapatos. Ahora puede comprar croissants y manzanas en lugar de agarrarlas directamente del mostrador. Él mismo compra los zapatos para ejercitarse en su nuevo trabajo. Duerme en la sala de salidas y si alguien le pregunta, responde que su avión sufre un retraso. Compra también ¡un vestido de Hugo Boss! Aquí todos parecen conocerse, aunque observa que la gente cambia cada día. Raramente encuentra rostros que le sean familiares, con excepción de las dependientas del bar o de la frutería. Plantea a la gente muchas preguntas sobre esa cosa llamada avión y esa otra llamada croissant. Lo miran con sospecha. Le preguntan «Pero, ¿dónde has estado? ¡Es obvio que es un aeropuerto! Este es el mundo moderno que hemos construido nosotros mismos».

De este modo aprende a no hacer preguntas tontas o a hablar de su pasado, aprende a no parecer sorprendido y a tener, como todos los otros, aspecto aburrido. Aprende que no se necesita agradecer a la antigua usanza, porque todo esto está hecho por los hombres. Simplemente dice: «Gracias», y la dependienta responde: «¡Qué tenga un buen día!».

Poco a poco, el hombre que ha llegado de la tierra salvaje se convierte en parte del aeropuerto y acepta que todo aquí es distinto. Decide: «¡Me gusta esto! Me siento seguro. ¡Tal vez un día incluso subiré a un avión!». Lentamente, se adapta al nuevo modo de pensar que ha encontrado aquí. Ya no pide ayuda ni se arrodilla para dar las gracias. Pierde su sentido del asombro y de la gratitud. Ya no se siente dependiente, tal vez hasta el día en que por fin decidirá tomar el primer avión, día en el que quizás se verá a sí mismo invocando a Dios ¡para que lo devuelva a tierra sano y salvo!

Pero, ¿qué ha cambiado verdaderamente en la vida de este hombre? Sigue siendo el mismo hombre. Ha descubierto una realidad nueva, que ya existía sin él y que ha cambiado su vida y, también, su visión de las cosas, pero esto no ha sido el resultado de una transformación que ha tenido lugar en su interior.

El cambio principal hay que buscarlo en su pensamiento. Su mente ha cambiado completamente, porque se siente seguro en un lugar que los otros hombres han construido. Pero todos los materiales que los otros hombres han utilizado para construir el aeropuerto les han sido dados, del mismo modo que las bayas le habían sido dadas al hombre en la tierra salvaje. Estos hombres han encontrado el material para su aeropuerto en el mundo. Fundamentalmente, nada ha cambiado; no habría razón para no dar las gracias. Imaginando que ellos mismos generan sus vidas viven una ilusión.

Hace dos años, en Berlín, en el Bundestag, nuestro amado Papa Benedicto XVI habló del “búnker” que el hombre ha construido por sí mismo para vivir en él –un búnker sin ventanas. El búnker funciona según la lógica del positivismo. Cada cosa debe ser demostrada, probada, verificada según una medición empírica. En el búnker no hay espacio para el misterio.

El búnker, como el aeropuerto de nuestra historia, es una metáfora, pero es también una realidad concreta de la cultura moderna y de su lógica. El búnker está hecho, en gran parte, de pensamientos que nos encarcelan en maneras particulares de ver, manteniendo alejadas otras maneras de pensar. El búnker existe en las actitudes públicas, en la educación, la política, los medios de comunicación, la cultura popular, en el mito y en el imaginario modernos.

En el búnker nos sentimos seguros. Conocemos las dimensiones de cada cosa que encontramos. Cuando algo no funciona, podemos arreglarla inmediatamente. El búnker elimina la sorpresa, dejando fuera los misterios de la existencia, que a menudo son incómodos. Y en esta situación nos convencemos de que somos los amos de nuestra existencia y de nuestro destino. En el búnker el hombre finge que no es una criatura, sino el dueño de sí mismo, pues ha creado en su interior las condiciones para la vida humana.

Sin embargo, decía el Papa Benedicto, en este mundo hecho por el hombre, las personas siguen buscando en secreto las materias primas de Dios mientras, al mismo tiempo, niegan que procedan de Él.

El búnker se construye todo él alrededor de ti y dentro de ti. Crece como un organismo que se expande según la lógica de su mismo ADN. Yo ayudo a construir el búnker en mí mismo y en los otros. Los únicos juicios (percepciones) que pueden florecer en el búnker son los que ya son fuertes. Como en un jardín: si no controlas la maleza, no puedes cultivar narcisos y tulipanes. Cuanto más frágil es la flor, menos son las posibilidades de que ésta sobreviva.

La historia de la sociedad humana muestra que la vida, para sostenerse, necesita más de lo que la humanidad es capaz de imaginar o generar. La necesidad de mantener una atención (mirada) sobre el Más Allá, sobre el Infinito y lo Eterno, está esculpida en la humanidad, y es intrínseca a la capacidad de imaginación que nos sostiene y nos impulsa. En el fondo, todo lo que el hombre puede crear para sí son falsas esperanzas que lo sostienen durante un instante, para disolverse después, y que le dejan buscando con afán la próxima esperanza. Su “mecanismo” esencial depende de una relación con el Misterio, del cual proviene.

El hombre no puede ni siquiera sobrevivir en el ambiente que él mismo se construye, porque en ese ambiente no hay nada que le sorprenda, mientras deberíamos saber que el hombre depende de la sorpresa para la vida de su espíritu. Por esta razón, para alcanzar el dominio de su realidad, el hombre moderno ha intentado sofocar su propio espíritu. Pero esto es contraproducente para las maquinaciones del hombre, porque sus planes tienen alguna posibilidad de éxito sólo en la medida en que el hombre es capaz de reproducir en ellos la promesa misteriosa que había reconocido en la realidad pre-existente. Si no se toma en consideración su mismo deseo por la trascendencia, sus proyectos avanzan bruscamente hacia el desastre.

Nuestra esperanza, por tanto, surge de una paradoja de la reducción. La cultura del búnker utiliza el vestigio del deseo trascendente que sigue residiendo en el interior de los seres humanos. Aunque los planes de la humanidad de dominio sobre la realidad repetidamente conduzcan a la nada o al desastre, precisamente quienes repudian a Dios en la gestión de la vida pública confían en la existencia continua de un deseo profundo e inextinguible en el corazón humano que nos sigue diciendo que delante de nosotros, en el futuro, nos espera algo verdaderamente importante. Vemos así que cuando el Papa Benedicto decía que en el búnker se usa la materia prima de Dios, no hablaba simplemente de ladrillos y cal.

El búnker puede agotarse sólo intentado replicar las condiciones requeridas por nuestro deseo. Pero no puede dar la respuesta. Este es el significado de la actual crisis, aunque normalmente la definen en términos económicos. Fundamentalmente, la explicación es que hemos intentado buscar en la realidad material cosas que, por naturaleza, sólo pueden encontrarse en el infinito.

Tal vez, en ocasiones se puede pensar que los fracasos y las catástrofes recurrentes que derivan del utópico aventurarse del hombre pueden despertar en nosotros un renovado realismo. ¿Podremos, tal vez, contemplar de nuevo el verdadero destino de la humanidad en el infinito? No estoy seguro. Desde hace mucho tiempo sabemos que la posibilidad de perfeccionamiento de la realidad hecha por el hombre es un proyecto inane y peligroso. El estalinismo, el maoísmo, el nazismo nos dicen precisamente esto. El Holocausto y el Apocalipsis no han restaurado nuestra percepción del horizonte que delimita el cálculo (intrigas) humano. Pero, de manera sutil, hemos intentado desplazar nuestro “proyecto de perfección” a una vía distinta, persiguiendo la utopía en la dimensión económica. Sin embargo, en el fondo somos como el alcohólico, que piensa que puede haber una manera distinta de tratar su obsesión. En apariencia, con algunas condiciones, reconocemos los límites y los riesgos de las directrices ideológicas, pero en nuestro interior buscamos un modo distinto para llegar a los mismos fines.

El deseo del hombre puede ser adulterado sólo hasta cierto punto. Últimamente, el ser humano se queda insatisfecho, y todo intento de vencer esta insuperable dificultad termina en otra catástrofe. Las ambiciones del hombre fracasarán siempre, a menos que no se dirijan hacia una intuición auténtica del destino humano (destino del hombre). Por lo tanto, está claro: lo que nos espera si continuamos en este camino es el fracaso, la catástrofe, el aburrimiento y lo que se llama depresión, es decir, el síntoma más inevitable de intentar vivir una vida humana fuera de su dinámica naturalmente transcendental.

A día de hoy, es raro que no se dé por descontado, en las conversaciones públicas, que la ciencia y el progreso hacen de la fe algo obsoleto.

Esta idea ha invadido también las mentes de los creyentes, empujándoles a presuponer que la fe implica necesariamente un cierto rechazo de la realidad científica. Nos llevan a imaginar que la destrucción de lo sacro en nuestra cultura es un efecto del “camino del tiempo”, de la creciente capacidad de comprensión humana, del desvelar lo erróneo de las hipótesis del pasado.

Pero el escepticismo moderno no es, en modo alguno, una consecuencia del camino del tiempo o del progreso o de una creciente inteligencia. El problema de la fe en la cultura moderna no se debe a una falta de evidencia razonable, sino a la incapacidad de utilizar los

hechos disponibles para reforzar al máximo la razón humana. Las formas positivistas de racionalidad usadas para eliminar la verdad de la realidad en el interior del búnker nos están mutilando, privando de nuestra misma identidad, de nuestra misma estructura, de nuestra misma naturaleza y, por consiguiente, de la esperanza que cada uno de nosotros necesita para enfrentarse y estar en grado de sostener el viaje que nos ha sido donado.

Los seres humanos funcionan mejor con alguna hipótesis de trabajo sobre la totalidad de la realidad, una visión de conjunto basada sobre las posibilidades infinitas, absolutas y eternas de la existencia. Y precisamente la religión es la que ofrece una hipótesis similar, pues nos da un mapa de la relación total con la realidad. Todo hombre es por definición “religioso”, tanto si acepta esta palabra como si no, aunque sólo sea por la simple razón de que ningún ser humano ha conseguido jamás crearse a sí mismo.

La destrucción de la “religión” es, por esto, algo mucho más serio que la destrucción de un andamiaje moral o una identidad cultural, porque equivale a la pérdida de la capacidad de vivir con el sentido del misterio, de mirar al mundo con asombro; pero, sobre todo, de mantener la visión que permite a la persona humana vivir con plenitud, esperando y deseando ardientemente el total destino humano. “La religión” permite a los seres humanos acoger cada cosa, abrirse a la totalidad de lo real, vivir la vida. Los desarrollos culturales recientes han permitido sustituir estas percepciones con conceptos ideológicos o parciales, pero estos proporcionan una consistencia aproximada –y sólo mientras el sujeto permanece protegido dentro del búnker.

Yo llamo “de-absolutización” al proceso que se desarrolla dentro del búnker –la reducción de la imaginación humana para suprimir sus preguntas fundamentales sobre el origen y el destino. Plantearse si la “de-absolutización” de la humanidad es una estrategia deliberada de intereses poderosos para someter y controlar a las poblaciones es un pregunta interesante, pero no es la más urgente. Es más importante ver cómo funciona en nuestras culturas y encontrar modos para destruirla. Esta es la emergencia hombre.

En su ensayo *El poder de los sin poder* Václav Havel habla «de la era post-totalitaria», en la cual la tiranía actúa no por coerción, sino mediante la persuasión ideológica, que él describe como «casi una religión secularizada».

Parece una exageración decir que en las sociedades democráticas occidentales, con todos sus derechos y libertades, nosotros podamos experimentar una cualquier forma de dictadura. Pero nosotros tal vez estamos viviendo en las dictaduras más eficaces jamás concebidas –dictaduras del deseo: “tiranías” en las cuales se han apropiado de nuestros deseos contra nosotros mismos, contra nuestros intereses últimos, contra la naturaleza última y la estructura humana esencial. ¿Y si el mecanismo de control ideológico más

poderoso de todos fuera el que usurpa estos procesos naturales para hacernos esclavos, para empujarnos de manera amable a una forma reducida de libertad?

A veces, en lugar de pasear por el parque, entro en un centro comercial y acabo comprando un traje nuevo, una camiseta, un par de zapatos nuevos o, a lo mejor, un iPhone que no necesito para nada. Creo que es interesante observar este proceso del desplazamiento de mi deseo.

Para empezar, miro los escaparates de las tiendas y veo un maniquí que lleva puesto un traje nuevo. Digo: «Me gusta este traje, probablemente me quedará bien». Y la fantasía empieza a correr. Salgo del momento presente y entro en una idea de mí mismo en un momento cualquiera del futuro –un momento en el cual yo seré, en un cierto sentido, perfecto. Inconscientemente, mientras contemplo lo que pienso comprar, y el efecto que tendrá sobre mi existencia, estoy ya mirando el momento en el que habré alcanzado algo así como mi máxima capacidad de satisfacción. Estoy preparando el camino para un momento paradisiaco, aquí en la tierra.

Pero después miro la etiqueta del precio y digo: «¡No, no, es demasiado!». Por tanto, hay una lucha dentro de mí entre el precio y la fantasía. Decido irme y renunciar al momento de perfección, pero sin convicción. Efectivamente, no puedo quitarme el traje de la mente. Se ha convertido para mí en símbolo de algo desproporcionado, algo profundo en mi deseo. Cuanto más intento eliminarlo de mi conciencia, más a menudo vuelve a ella. Y al final digo «Vale, el precio tampoco es tan exagerado ¿verdad?... ¿por algo tan perfecto?... por algo que me hará perfecto...». Porque esto es lo que ya significa. Así que me doy una vuelta, como si no tuviera una meta. Pero, de algún modo, mis pasos me llevan de nuevo a la tienda con el traje milagroso. Miro el escaparate y digo: «Si, realmente es un traje bonito». Después, me doy cuenta de un cartelito que no había visto antes. Dice: «Hoy, ¡descuento del 20%!». ¡Es mi día de suerte! ¡Wow! Si hubiera visto el traje ayer probablemente habría pagado demasiado. Mañana, tal vez, me habría convencido a mí mismo para no comprarlo. Pero hoy tiene descuento, ¡aposta para mí! ¡Tengo que comprar el traje, está escrito! Puedo poseer algo que me llevará a la perfección, y que tampoco cuesta tanto como habría costado otro día. Ahora, ¡también el precio es perfecto! Rápidamente me preparo para completar la operación. Entro en la tienda y digo: «Deseo comprar el traje del escaparate». Y mientras el dependiente coge el traje, saco mi tarjeta de crédito y la preparo. El dependiente dice: «¿Se lo quiere probar, señor?». Sé que esto es razonable. Después de todo, podría no quedarme bien. Pero, al mismo tiempo, quiero acabar pronto con esto y salir sin inconvenientes de la tienda con mi compra. Sin embargo, debo admitir que el dependiente tiene razón, así que agarro el traje y me dirijo al probador. El

traje no me queda tan perfecto como había pensado, pero da igual. ¡Mi idea de perfección se ha despertado de tal modo que estoy dispuesto a pasar por encima de la evidencia de una real imperfección! Así que me lo quito y salgo ligeramente acalorado del probador, le doy el traje al dependiente y deposito mi tarjeta de crédito sobre la caja. La operación está casi terminada, pero ya está empezando a crecer en mí un sentimiento de culpa. En alguna parte de mí mismo sé que las cosas no son precisamente como quisiera creer. Pero, de todas formas, tengo el traje en su portatrajes, en mis manos y estoy dirigiéndome a casa con mi trozo de paraíso.

El sentimiento de culpa empieza a molestarme, pero quizá, saliendo del centro comercial, vea un mendigo sentado con un vaso de plástico delante de él. ¡Ah! Hurgo en mis bolsillos buscando calderilla y encuentro una moneda de dos euros. La dejo caer en su vaso. Y con estos dos euros mi conciencia se apacigua para mi viaje de vuelta a casa. Estoy en paz. Una vez en casa, cuelgo mi traje nuevo en el armario junto a los numerosos trajes que ya poseo. Paso por encima de la fastidiosa evidencia, que amenaza con atormentar mi conciencia, de que ninguno de mis trajes anteriores me ha llevado al Paraíso. Si me paro el suficiente tiempo para considerar el asunto, podría recordar que ya he vivido este preciso instante varias veces antes, y que nunca ha terminado como me esperaba. Cierro las puertas del armario y me voy.

Mientras tanto el tiempo pasa, tal vez una semana o dos. A veces el traje me vuelve a la mente y brevemente me planteo cuándo me lo pondré, y esto me provoca una agradable sensación. Pero, poco a poco, el recuerdo del traje empieza a desvanecerse y al cabo de poco tiempo dejo de pensar en él.

Al cabo de unas semanas abro el armario y, al ver el traje, lo saco. ¡Vaya! ¡Un traje! Abro la bolsa con curiosidad, pero ahora no siento ninguna excitación. Es sólo otro traje, como los otros que ya poseo. La fantasía se ha evaporado. Es sólo otro traje. Algunas semanas más tarde llega el extracto de cuenta de la tarjeta de crédito y el sentido de culpa vuelve, tal vez acompañado por un poco de vergüenza. Pero ahora no hay ningún mendigo en las cercanías al que pueda dar dos euros para comprarme un poco de paz.

Esta es la historia de nuestro deseo enloquecido. Nos sucede porque estamos hechos para la perfección, pero tendemos a que este deseo sea conquistado por algo inapropiado. No preparados para esto, estamos condenados a buscar siempre la correspondencia a nuestros deseos donde no es posible encontrarla. A veces es un vestido. A veces un bolso, o unos zapatos, o un iPhone. A veces un coche, un barco, un chalet. El mismo factor que lo impulsa está siempre presente: el deseo infinito por algo que, en la profundidad del corazón,

sabemos que no es realmente un traje, o una prenda de vestir particular o cualquier otra cosa que tal vez pensamos poder comprar.

De nuevo, vemos que cuando el Papa Benedicto hablaba de usar las materias primas de Dios dentro del búnker no estaba pensando simplemente en cosas materiales. Los deseos más profundos del corazón humano son utilizados también por el mercado para asegurar que las ruedas del comercio siguen girando, que el negocio continúa creciendo y que la gente está aún convencida de que este crecimiento es la medida del bienestar humano y, por ende, de la felicidad. Naturalmente, desde el punto de vista del mercado, desde la perspectiva del crecimiento continuo, se necesita una garantía para todo esto: que el deseo no se satisfaga nunca.

Se podría pensar que, después de seis, siete o nueve vestidos, de quince bolsos, cuatro coches, tres barcos, dos chalets –descubriendo la misma cosa todas las veces– un día el consumidor comprometido se parase a reflexionar y dijera: «Nada de esto me ha dado satisfacción». Pensarías que, cuanto antes, nosotros podríamos exclamar: «¡Los vestidos no son la respuesta!» o «¡Los zapatos no son la respuesta!». «¡Las cosas no son la respuesta!». Pero esto no parece suceder nunca para la mayoría de nosotros; por lo menos, no de manera definitiva. Siempre existe la perspectiva de otra seducción.

La suma de dinero que nuestras sociedades deben hoy –a veces a otras sociedades, a veces a grupos de intereses dentro de las mismas– ha superado la capacidad humana de entendimiento. Cuando ves estas deudas expresadas en el gráfico de un economista, como una cadena de montañas sobre la línea del cielo, se convierte en la representación visual de nuestro deseo focalizado en cosas equivocadas, como una serie de quistes sobre la piel que sugieren que debajo hay algo seriamente enfermo.

El deseo humano ha estallado dentro de los sistemas construidos por el hombre como un huracán dentro de una aldea en fiesta. Por tanto, para entender de una manera aún más completa debemos mirar a nuestro deseo como algo en sí mismo y preguntarnos «¿Para qué habíamos imaginado que fuese este deseo?» y «¿A qué nos ha conducido esto?». Nuestro deseo se ha convertido en algo tan agresivo que hemos superado con creces no sólo nuestra capacidad de devolver las deudas en las que hemos incurrido para perseguirlo, sino también la capacidad de nuestros hijos y, tal vez, incluso la de los hijos de nuestros hijos.

Don Giussani y el Papa Benedicto XVI nos han hablado muchas veces del daño experimentado por el «yo» humano en la sociedad moderna. Esto pide un poco de claridad en este momento histórico porque lo que he descrito podría ser considerado un exceso del ‘yo’, un exceso en poner el ‘yo’ en el centro. De hecho, es extraño afirmar que en una época que es cada vez más individualista, podría haber algún problema con la subjetividad

humana. Me acuerdo de que cuando yo era niño me asombraba constantemente el hecho de que yo era una persona aquí dentro, en mi cuerpo. Sabía que el mundo tenía una historia antes de que yo llegara, de la que yo no había formado parte; y, ahora, yo era, miraba hacia fuera, era testigo de cada cosa.

Me sorprendía el hecho de que mi existencia tuviera que ocurrir en ese instante. ¿Por qué? Presuponía que otras personas tenían el mismo sentimiento de excepcionalidad de su presencia aquí. A veces preguntaba a los adultos si ellos sentían el mismo asombro de estar dentro de sus propios cuerpos, si se planteaban preguntas. Pero cuando les preguntaba: «¿Tú también te sientes así?», ellos alzaban los hombros o decían algo así como «no hagas preguntas tontas». De este modo me convencí que era el único que planteaba estas preguntas, que cualquier persona era él mismo o ella misma, exactamente lo que él o ella eran para mí, es decir, una “tercera persona”, y que yo era la única “primera persona”, el único sujeto en medio de una raza de objetos.

Estoy dispuesto a que me convenzan de que la confusión era debida a una distorsión de la percepción o de la perspectiva pero, de una manera u otra, algo de esto ha calado en nosotros, se ha convertido en verdad en nuestras culturas, y nos aflige a todos: pensamos en nosotros como terceras personas. Estamos más individualizados, es verdad, pero el núcleo del sujeto de cada individuo se ha vaciado a un nivel tan profundo que no pensamos ya en nosotros mismos como sujetos primarios, sino simplemente en otros objetos, terceras personas individuales. Incluso ante nuestros propios ojos, de alguna manera, nosotros hemos cambiado.

Cada uno de nosotros posee un pasaporte, un código fiscal. Cada uno de nosotros tiene una identidad social que, también cuando nos distingue de los otros, nos hace como los otros. Todas las veces que escuchamos los programas de actualidad en la radio o la televisión – de lo que hablan y a quien hablan es a esta entidad hecha objeto, a esta parte de nosotros que está numerada, que está en una lista. Primero somos contribuyentes, después consumidores, a continuación electores y, al final, ciudadanos –como si ésta fuera la extensión más plena de nuestra humanidad– con deberes y derechos, pero con un rostro cuyo único objetivo es identificarnos en un contexto de seguridad.

Escuchando las descripciones diarias de nuestra realidad, raramente oímos mencionar otra dimensión de nuestra existencia, una dimensión mucho más inmediata e, incluso, más obvia: que nosotros somos inteligencias subjetivas individuales –milagros de conciencia y testimonio– que miran a la realidad por primera vez en la historia precisamente en este momento, entendiendo las cosas, testimoniándolas, preguntándonos y asombrándonos. Si esta dimensión interior aparece alguna vez, inmediatamente se la trata

como una dimensión periférica, insignificante, incluso como un aspecto problemático, como los adultos que eliminaban mis preguntas cuando yo era niño. Ahora toda la cultura parece construida para desviarme de mi subjetividad. Me alienta en mi auto-incorporación; sí, tolera mi egoísmo, promociona mi individualismo, pero mi subjetividad, mi 'yo', que es el instrumento para entender el milagro de mi existencia, es tratada como una especie de excentricidad, como un elemento residual de un modo anterior y equivocado de entender las cosas, del cual ahora es mejor no hablar.

Pero consideremos la matemática extraordinaria de mi existencia: yo soy uno de los siete mil millones de seres humanos vivos en esta relativamente minúscula partícula de materia que gira alrededor de una pequeña estrella, en una galaxia de millones de estrellas similares, en un universo de quizá millones de millones de galaxias similares. Y heme aquí, precisamente en este momento, mirándoos, preguntando: «Pero, ¿quiénes son todas estas personas?». No dentro de 374 años, no hace 635 años, sino precisamente ahora, en este momento que parece ser el único que existe. Mi existencia, estadísticamente hablando, está muy cercana a lo imposible de ser para los estándares terrenos, imposible. Si nosotros tradujéramos estas estadísticas con el pronóstico de quien hace apuestas, nos daríamos cuenta de que nadie apostaría jamás por mi existencia, mi existencia es imposible, y, sin embargo, aquí estoy. Empero, cada día busco la prueba de que la cultura en la que vivo está aferrando la naturaleza de este milagro, y raramente veo y siento esto. Es extraordinario el hecho de que hemos construido culturas que nos esconden el milagro de nuestra subjetividad, en la época más individualista de la historia del mundo.

¿Qué está pasando? Bien, con el fin de crear una sociedad materialista basada en una apropiación indebida del deseo de perfección humano, es necesario que suceda un proceso en dos fases.

Primero: se socaba la subjetividad de la persona. Luego, una vez reducida, se persuade a la persona para que reconstruya su identidad humana de una manera material. Así, la cultura en la que vivimos primero nos elimina y, después, nos invita a que nos imaginemos de nuevo a nosotros mismo a través de un cristal o proyectados sobre una pantalla, como si estuviéramos mirándonos a nosotros en el escaparate de una tienda, o en un ordenador, o en la pantalla de la televisión o del cine. Nosotros existimos sólo mirándonos como un reflejo o en una proyección. Nos convertimos en actores de nuestras mismas existencias.

Como si nuestro íntimo hubiera sido eliminado, nos hemos convertido literalmente en “no-entidades”, pero se nos ofrece la oportunidad de encontrarnos a nosotros mismos, de reconstruirnos a nosotros mismos nuevamente en la sociedad. Los ladrillos de este proceso

de construcción son las cosas que poseemos, las cosas que llevamos puestas, nuestra imagen, dónde vivimos, los coches que conducimos. Gradualmente se reconstruye a una nueva persona para sustituir el sujeto que había sido suprimido, para sustituir el “yo” que había sido destruido. Se puede observar este proceso de manera muy clara en las redes sociales en internet, donde los jóvenes sólo se conocen a sí mismos a través de las reflexiones que hacen los otros usuarios de la red. Qué soy yo depende de cuántos “amigos” tengo, o a cuántos les “gusta” lo que yo digo. ¿Quién dice que soy guapo? Sin este consentimiento parece que yo no sea nada. Yo no existo hasta que no emerjo por las aprobaciones de los otros. No hay nada dentro de mí que afirme quién soy yo. Esto es posible sólo si yo estoy dispuesto a dar a la cultura la obediencia que esta pide. De-absolutizados de la cultura en la que viven y respiran, nuestros hijos se reconstruyen en su condición herida, que deriva de su “yo” arrancado, vaciado de su subjetividad. Se reconstruyen gracias a los juicios dados por otros, sin aceptar nada de ellos mismos con la excepción de lo que reconocen las otras “no entidades” convertidas en sujeto, con las que buscan una relación, una comunión, sin saber qué buscan.

El segundo instrumento vital del búnker es el ataque dirigido a la sabiduría del pasado. Es como si la parte sin duda más grande del conocimiento y del desarrollo humano hubiera tenido lugar en el pasado más reciente –digamos, en los últimos 15 años– respecto al amplio periodo del progreso y de la evolución humana. El hecho de vivir en el presente permite a quien habla sostener que tiene intelecto y capacidad de comprensión, que según él han escapado a los procesos de pensamiento incluso de los pensadores más brillantes que vivieron en el pasado. También los más ingenuos e ignorantes tienen títulos para reivindicar una superioridad incluso sobre las personas más iluminadas que vivieron en el pasado.

Quien tuitea o manda un SMS emana un sentimiento de superioridad jamás sentido antes, que le deriva de la tecnología usada. Se siente seguro descartando los conocimientos del pasado, simplemente porque a éstos se había llegado sin recurrir a los instrumentos que hoy tiene disponibles.

San Agustín, en sus *Confesiones*, escribió sobre el significado del tiempo: «¿Qué es, por tanto, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; si quiero explicarlo a quien me lo pregunta, ya no lo sé. Y sin embargo, yo afirmo tranquilamente saber que si nada pasara no habría pasado, y si nada ocurriera, no habría un futuro, y si nada existiera, no habría un presente. Pero, entonces, ¿en qué sentido existen dos de estos tiempos, el pasado y el futuro, si el pasado ya no es y el futuro aún no es? En lo que respecta al presente, si fuera siempre presente y no transcurriese en el pasado, no sería tiempo, sino eternidad. Si, por tanto, el presente, para formar parte del tiempo, existe en tanto en cuanto transcurre en el pasado,

¿en qué sentido decimos que él también existe? Si precisamente su sola razón de ser es que no existirá, en el fondo es verdad, como nosotros afirmamos, que el tiempo es sólo en cuanto tiende a no ser» (de las *Confesiones*, libro XI).

En este fragmento, San Agustín amablemente ridiculiza nuestra confianza en captar el significado mediante las palabras. Y, sin embargo, con algunas frases ágiles él va al corazón de uno de los enigmas más complejos de la realidad: la naturaleza del tiempo. Mil seiscientos años después, sus palabras emergen de la página proponiendo de una manera muy clara una cuestión aún actual. Empero, a nivel de discurso diario, nosotros, en nuestro conocimiento del búnker, sentimos una cierta superioridad respecto a Agustín, basada en su insistencia de reflexionar sobre cosas que son obvias. ¿Quién necesita perder el tiempo reflexionando sobre el tiempo, cuando tenemos el tiempo en nuestro iPhone? La existencia misma de mi reloj o de mi teléfono me da un sentimiento de dominio de la conquista del tiempo por parte de la humanidad. Pero, la verdad es que yo no he construido mi reloj ni mi iPhone: los he comprado en una tienda. No sé prácticamente nada de cómo funcionan y, sin embargo, su misma existencia me permite sentirme intelectualmente superior a San Agustín, porque él ha vivido 16 siglos antes que yo. Quizá, si Agustín hubiera tenido un iPhone no se habría preocupado de escribir estas cosas en sus *Confesiones*. La tecnología nos da a cada uno de nosotros un sentido de conocimiento, y para ganarlo no hacemos nada. De este modo, aumenta tanto nuestro potencial de escepticismo como nuestro desprecio por la investigación. Nos proponemos desembarazarnos de todos los misterios uno por uno, para despertarnos un día sabiéndolo todo. Del mismo modo que hemos abierto una hipoteca con el futuro para adquirir esa falsa satisfacción ofrecida a nuestro deseo por el mercado moderno, ahora tomamos prestado cada conocimiento futuro y lo concedemos al presente. Nos imaginamos tan cercanos a la omnisciencia y la omnipotencia como si fueran una nadería. La única cosa que verdaderamente nos asombra es la ingenuidad de nuestros antepasados, su sentido de ser creados, dependientes y bendecidos.

La emergencia hombre: he aquí que, nuevamente, la historia de Adán y Eva se repite. La humanidad, cansada de la dependencia de su creador, intenta abrirse camino por ella misma. Pero este liberarse está acompañado de un elemento ulterior: una creciente ambigüedad sobre la existencia misma de un creador. El escepticismo parece ser, hoy, un síntoma de un modo de razonar inteligente, mientras la fe, en el mejor de los casos, es un optimismo ciego e irrazonable. Así, efectivamente, no creer se convierte en la opción preseleccionada, estándar, de nuestra cultura. La humanidad decide continuar como si Dios no existiera: el hecho de que Dios exista o no, no marca la diferencia. Para los no creyentes esto equivale a “razón”. Para los creyentes significa que Dios se ha convertido en una

especie de prima: su existencia añade un aspecto que gratifica los esfuerzos del hombre, pero ha dejado de estar en el centro; como máximo es una consolación.

Hace años, cuando me preparaba para la Primera Comunión, la primera pregunta del catecismo era: «¿Quién ha hecho el mundo?». La respuesta era: «Dios ha hecho el mundo». Incluso entonces me daba cuenta de que esta respuesta sólo podía ser verdadera o falsa. Pero, de alguna manera, el hombre moderno ha conseguido insinuar una tercera opción, evitando la dureza de la elección. En lugar de afrontar la cuestión, lentamente la ha aparcado, como si Dios fuera capaz, contemporáneamente, de existir y no existir, metido en una especie de burbuja confusa que hay que tener en cuenta superficialmente, pero sin que se le dé una forma o una figura concreta. Tal vez la situación sería preferible si hubiera, a nivel formal de nuestras culturas, un completo rechazo de Dios. Entonces nosotros estaríamos obligados a decidir, cada uno por sí mismo, qué es la verdad. Pero este mundo confundido con una fe a medias que hemos construido presenta un escenario mucho más nocivo: la banalización de Dios, pues por un lado no se le toma en serio y, sin embargo, por otro, tampoco se le niega totalmente. Se cree en Dios a mitad, y a mitad no se cree en Él. En esto hay algo mucho peor, que es un insulto al Dios putativo: la suspensión de las cuestiones centrales de la existencia. Si directamente dijéramos «Dios ha muerto», deberíamos afrontar su ausencia, o no existencia, y enfrentarnos con las cuestiones fundamentales de nuestra situación como mejor pudiéramos. Pero nuestra solución de una fe a medias no permite dejar de lado dichas cuestiones como si fueran discusiones filosóficas abstractas o argumentos para producir hipótesis en materia religiosa. No son preguntas, en cambio, que tienen que ver con la humanidad en sus esfuerzos diarios.

La disminución de nuestra imaginación (apertura) religiosa se ha realizado como parte de una reducción general de la amplitud y la capacidad de razonamiento común. En esto, la situación humana es definida exclusivamente en los términos del búnker, lo que significa: ideología, política, economía, psicología – todos conocimientos objetivados en los cuales una especie de *know-how* colectivo es capaz de explicar a cada uno de nosotros cómo pensamos y cómo nos comportamos. Una conversación colectiva construida de manera artificial, exclusivamente en estos términos, influye sobre la esperanza y el deseo humanos, desplazando los impulsos humanos más fundamentales desde sus cimientos en la realidad trascendente y aplastando la capacidad de los seres humanos de razonar adecuadamente por sí mismos fuera de la mentalidad común. El resultado ha sido la división de lo humano que sucede dentro de la persona – cada ser humano está dividido en sí mismo: en el exterior, declarando obediencia y una realidad pública secularizada, pero interiormente muriendo de hambre, buscando desesperadamente los medios para un

conocimiento total de sí mismo. A los testigos históricos que, en el pasado, nutrían el sentido de pertenencia de los hombres en una realidad absoluta, ahora se les hace aparecer como insignificantes e improbables. Por ejemplo, es cada vez más inútil repetir simplemente verdades religiosas porque, haciéndolo, lo que se consigue es consolidar el nuevo dualismo que deriva de la continua reducción de ambas realidades, la divina y la humana. La cuestión de Dios ya no parece importar porque no concierne a la vida real. Mientras las consecuencias de todo esto, a nivel colectivo, pueden ser apartadas, la desintegración del conocimiento vital en el interior del corazón del hombre que deriva de ella es mucho más profunda, y es imposible librarse de ella.

Desearía ahora contar brevemente cómo llegué a malinterpretar mí mismo deseo y mi libertad al perder ese sentimiento de asombro que había tenido antes.

De niño tuve una relación profunda, apasionada, con Cristo, pero ya adolescente me atrajo la promesa de un nuevo tipo de libertad. Esto fue especialmente dramático durante los años 70 en Irlanda, donde todo se estaba transformando, pasando de ser un lugar gris y tranquilo a un tipo de cultura efervescente y dinámica, en el que la música pop y la cultura joven nos fascinaban. Parecía que se tenía que hacer una elección, y Cristo y la libertad parecían, en cierto sentido, contrapuestos. No es que yo quisiera hacer esta elección, y probablemente no sentía ningún resentimiento hacia Cristo. Habíamos estado juntos durante mucho tiempo, durante toda mi infancia. Y, sin embargo, estaba atraído por esta nueva libertad. Pensaba que a Cristo no le habría gustado estar asociado a esta nueva libertad. No quería herir sus sentimientos, por lo que Le abandoné durante la noche y me lancé a mi nueva aventura.

Con el tiempo esto me habría llevado a descubrir algo fundamental. Desarrollé un problema con el alcohol, que de hecho es otra malinterpretación del deseo. Porque lo que sucede es que tú decides que este líquido color ámbar que está en el vaso es la respuesta a todas las preguntas y los deseos, como el traje en el escaparate que te promete el paraíso. Pero, desgraciadamente, esta respuesta es aún más letal que el traje, porque es un veneno que ataca al espíritu dentro de ti. Esto es precisamente lo que me ocurrió a mí. El pasado diciembre tuve un control médico y los doctores sugirieron que me hiciera una angiografía para ver el estado de mi corazón. Esta prueba consiste en inyectar un líquido azul en las venas para poder ver en una pantalla las condiciones de los vasos sanguíneos, y te da un mapa del sistema circulatorio. El alcohol, con el tiempo, me dio algo parecido a un mapa, pero un mapa de mi espíritu. Fundamentalmente, a través de mi experiencia con el alcohol aprendí que mi estructura estaba definida por un deseo infinito de algo grande. Intercambiar el alcohol por la respuesta me hizo consciente del hecho que estaba construido de un cierto

modo, que yo había sido creado, que era dependiente, que no me había hecho a mí mismo: que yo era mortal en un cierto sentido, pero infinito en mi deseo. Pero, ¿para qué era mi deseo? ¿Qué deseaba? He sido afortunado por haber encontrado personas que habían hecho un viaje similar y que me dijeron: «La respuesta a tu pregunta es...Dios». En ese momento respondí: «Hace veinte años que escapo de esto». Pero permanecí cerca de estas personas y, poco a poco, empecé a entender de forma distinta lo que estaban diciendo. Si Dios te ha hecho, ellos me decían, Él te ha hecho por sí mismo, en relación a Él. Si esto es así, entonces negarlo inevitablemente causará tu sufrimiento. «Y tú, ¿has experimentado este sufrimiento?». Sí, dije.

Así empecé a seguir con más atención lo que ellos decían y, lentamente, empecé a ver por mí mismo de manera distinta. Volví a ser como me acordaba que había sido de niño, o como el hombre de la tierra salvaje del que hablaba antes: necesitado de ayuda, errante, preguntando, dando gracias, hablando a Cristo que, me daba cuenta, seguía cerca de mí. Al principio hice esto como un acto de fe, pero sin creer. Pero pronto, a pesar de mi escepticismo, noté que mi vida mejoraba: ya no necesitaba beber, no tenía miedo. Este fue el principio de la revisión de mi realidad, que me llevó a convertirme de nuevo en mendigo, tras años de haber intentado ser Dios.

Un par de semanas después del discurso del Papa Benedicto XVI en el Bundestag, yo hablaba en Dublín en una conferencia, en un círculo literario. El argumento era el gran poeta irlandés Patrick Kavanagh, uno de los más grandes poetas cristianos del siglo XX. Kavanagh siempre se definió un poeta “católico” entendiéndolo con esto que cuando él miraba un ave, un árbol o una flor, él veía la entidad creada, y esto le recordaba que él mismo era una criatura.

He aquí un fragmento de su poesía *Inocencia*:

*Dicen que estaba limitado por el seto del espino blanco
de la pequeña granja y que no conocía el mundo,
pero sabía que la entrada a la vida del amor
es la misma entrada por todas partes.
Confundido por lo que amaba
lo alejé de mí y lo llamé sima -
aunque ella me sonriera con las violetas.*

Para Kavanagh la poesía no era literatura, sino más bien teología. Él decía que lo importante de una poesía era «el relámpago», que él definía como «el Otro Mundo que nos

informaba de su existencia». Este «relámpago» sucedía repentinamente mediante las palabras, de manera extraña, independientemente de ellas. Muchos años después de su muerte conocí a su hermano pequeño, Peter, del que Patrick me hablaba como «mi guardián secreto». Peter me explicó que una poesía es en realidad una oración. Me dijo: «Patrick creía en la divinidad, así que lo que él esperaba era captar un resplandor de esta visión beatífica, de este lugar sobrenatural. Las palabras son la parte menos importante de esto. En una poesía, las palabras queman en una tremenda trama de algo insólito».

Pero hace dos años, hablando de estas cosas a un público “de-absolutizado” en un barrio elegante de Dublín, me daba cuenta de que entre el público había personas que no estaban contentas con mi descripción. En Irlanda ya no está de moda para escritores, poetas y músicos hablar del «relámpago». Al final, un hombre me desafió y me dijo: «Estas cosas han decaído desesperadamente». «He venido a oír una lección sobre Kavanagh», se lamentó: «no una lección sobre catolicismo». Le respondí que Kavanagh se miraba a sí mismo tal como yo lo describía y que ignorar esto quería decir perder de vista su significado esencial. Él dijo: «Oh, estamos cansados de estas cosas, ¿no te das cuenta de que el hombre ha estado en la luna?». En ese momento el tiempo se detuvo. Sabía que acababa de recibir una postal desde el búnker, puesto que esta frase resumía verdaderamente todo aquello de lo que estaba hablando el Papa Benedicto. «¿No te das cuenta de que el hombre ha estado en la luna?». Ciertamente, este hombre estaba expresando la certeza del positivismo, la seguridad que le daba el búnker del hecho de que no había necesidad ya de considerar la idea de un creador, o del misterio de sí mismo o de su vida, o de la realidad. En ese momento entendí que tenía que responder. Sin embargo, acordaos que yo también estaba en el búnker. Las palabras que el hombre decía tenían sentido para mí, pertenecían a este modo “racional” de pensar que me era familiar, yo mismo podía sucumbir ante él en cualquier momento.

Ese hombre estaba expresando algo ampliamente profesado hoy en día y que está en el corazón mismo de la cultura dominante, tanto en mi país como en el resto del mundo.

La implicación está en el hecho de que el progreso científico había expuesto la falsedad de la visión cristiana de la realidad y de la humanidad. Hoy en día es raro que no se sobreentienda esta idea en cualquier conversación común y, si somos honestos, invade también la mente de los creyentes, susurrando que en el fondo se adhiere a las ideas religiosas a pesar de los hechos obvios de la existencia. «¿No te das cuenta de que el hombre ha estado en la luna?». Yo no tenía una respuesta, simplemente abrí la boca y me salió una pregunta: «Pero tú, ¿has estado en la luna?». Y él respondió: «No». «Entonces, ¿qué diferencia ha tenido en tu vida el hecho de que otro hombre haya estado en la luna?

Las preguntas de tu corazón, ¿han encontrado respuesta gracias a este conocimiento?». El hombre pareció confundido ante la pregunta, pero también un poco enfadado, como si yo intentara engañarlo. Me respondió que sus hijos y sus nietos hacía tiempo que había abandonado «todas estas cosas». Lo entendí. Él pensaba que era obvio para cualquier persona inteligente que, puesto que él había visto a un hombre caminar sobre la luna, todo hubiese cambiado. No se daba cuenta de que esto podía ser cualquier cosa menos una posición racional, inteligente, frente a la realidad. Pero, dije yo, Neil Armstrong fue a la luna y ha caminado sobre ella. Después volvió a la tierra y se fue a la cama a dormir. La mañana siguiente se despertó y fue al baño, se miró en el espejo y vio la cara de Neil Armstrong que lo miraba. Y a pesar de que había caminado sobre la luna, se planteaba las mismas preguntas que se planteaba antes de dejar la tierra: ¿quién es este hombre? ¿Quién genera la vida dentro de este cuerpo? ¿Por qué Neil Armstrong está aquí? Cuando se estudia el perfil de los científicos y de los aventureros que han sido los auténticos innovadores en el progreso humano, a menudo se descubre que su experiencia en la frontera del descubrimiento humano ha aumentado, y no disminuido, su certeza religiosa. La fe de muchos de ellos, sobre todo de los astronautas, parece ser que aumenta como resultado de su encuentro más cercano con el universo. Si bien Neil Armstrong nunca habló públicamente de su credo personal, se sabe que era un hombre de gran fe, que creía en un Dios personal. El último acto de su compañero astronauta en el Apolo 11, Buzz Aldrin, antes de que se abriera la puerta de la nave espacial, fue sacar una Biblia, un cáliz, el vino y el pan sacramentales. Antes de entrar a formar parte de la historia, celebró la Comunión. John Glenn, el primer estadounidense que orbitó alrededor de la tierra, dijo: «Mirar fuera a una creación así y no creer en Dios es para mí imposible». Allí arriba estos hombres se quedaron asombrados. Estaban maravillados. Pero en el búnker se nos ahorran todos estos sentimientos de asombro y humildad. Al calor y seguros, miramos a estos héroes de la aventura humana y llegamos a la conclusión opuesta: que la omnipotencia humana está un paso más cercana y que Dios, por lo tanto, es superfluo. Quienes tienden a afirmar las cosas en estos términos, normalmente no toman parte en el proyecto humano o la innovación científica; simplemente reivindicán, por fines ideológicos, los progresos hechos por otros. Son observadores, son gente que se apropia del trabajo ajeno, no son protagonistas o gente que participa. Imaginaos la respuesta de Dios mientras mira al hombre que llega a la luna. Non pienso que Dios sea duro o se ría de nuestros esfuerzos; sin embargo, mirando la extensión de los cielos que Él ha hecho podríamos perdonarle si se riera por lo bajo, pensando: «¡Qué bonito es que esta gente haya conseguido dejar el propio planeta!»... ¡Como un padre que mira a su propio hijo gatear por primera vez en la alfombra!

El actual sentimiento generalizado de imperiosa omnisciencia de la humanidad es un artificio de la falsa lógica. Cada día recibimos informaciones que aumentan nuestra sensación de que la humanidad se está moviendo, inexorablemente, hacia la omnisciencia y la omnipotencia. Apenas se anuncia una nueva frontera de la ciencia, los medios de comunicación extrapolan un juicio que atañe a la naturaleza más importante del hombre y de su posición. Recibimos este juicio y nos sentimos cambiados u obligados de alguna manera por éste; y, sin embargo, a menudo entendemos poquísimos sobre la naturaleza del progreso en cuestión, del descubrimiento que se ha hecho, que a menudo es descrito apresurada y superficialmente. La mayor parte de nosotros no está implicada directamente en ninguno de estos progresos humanos. Somos observadores. Sin embargo, cada vez nos sentimos satisfechos porque la humanidad ha hecho otro paso de gigante hacia adelante. La idea de que el progreso humano cambie la condición de la humanidad es, fundamentalmente, para cada uno de nosotros una ilusión que se deriva de un pasapalabra, de un indicio de la omnisciencia que se acerca y que de hecho no añade nada a lo que ya sabemos. A veces este proceso tiene un efecto en nosotros a pesar de nosotros mismos, a pesar de nuestra determinación en creer, incluso a pesar de nuestra comprensión de que la fe en Dios ha tenido una consistencia en nuestra vida. Cada nuevo anuncio parece ser el definitivo para absorber otras energías a nuestra esperanza. Imaginamos que no tenemos manera de cuestionarlo o de intentar responder al mismo: así, parece que éste nos impone un juicio definitivo, alimentando nuestro escepticismo con el aliento robado a nuestra vida.

El hombre moderno se siente cada vez más inteligente, pero permanece inmovilizado ante las preguntas a las que se enfrentaron sus antepasados en su religiosidad. Con su mente cree ser parte del gran proyecto que se acerca a la omnisciencia humana, pero con su corazón se siente excluido de éste. Como máximo siente que es el único que tiene dudas, y que es mejor conservarlas para sí.

Pero amigos míos, hay una buena noticia: en el búnker hay un aspecto de este auto-ahogamiento que, a la larga, no es sostenible. El hombre ha dejado fuera del búnker el misterio del universo, pero, con su mismo ser, el misterio entra dentro del búnker. Porque también nosotros somos misterio, y no podemos dejarlo fuera de un muro. Esta es la razón por la que ha sido necesario suprimir el «yo» del ser humano: el «yo» es lo que testimonia el misterio. El paso más importante para recobrar nuestra subjetividad perdida frente a las grandes preguntas de la existencia es ser consciente del búnker y asombrarse de nuevo por mi/tu/nuestra presencia aquí. Incluso en el búnker yo puedo asombrarme en todo momento del milagro de mi existencia. Una vez sintonizado con esta sensibilidad, entonces ya he empezado a dar la vuelta a la condición de mi vida. El único modo para ir hacia adelante es

hacer visible el búnker, mirar sus estructuras, las consecuencias y como esto ha llegado a dominar nuestras vidas. Y, después, dirigirse de nuevo hacia el infinito y reconocer que esto es, sin duda alguna, más real.

Don Giussani nos da el método en el Sentido Religioso, capítulo 10: «Suponed que nacéis, que salís del seno de vuestra madre. Acabáis de nacer. ¡Cerrad los ojos e imaginad que estáis a punto de salir del seno de vuestra madre!». Don Giussani nos permite tomar con nosotros, en este momento, todos los instrumentos que podemos utilizar para comprender la realidad, todos los instrumentos más verdaderos de nuestra razón: nuestra experiencia, la inteligencia, las emociones, las intuiciones, etc. Así, sales, entras en el mundo, en esta habitación. ¿A qué conclusión llegarías desde esta experiencia inicial de la realidad? ¿Cuál es tu respuesta cuando miras a la realidad –a los colores, los movimientos, el ser, la luz... todo lo que está frente a mí? ¿Qué son estas cosas? ¿Quiénes son estos seres? Y, por tanto, poder ser consciente de mí mismo. ¿Quién me ha hecho? ¿Yo? ¿Qué es este yo? Por el hecho de que yo piense, ¿me convierto en el origen de mí mismo? ¿Quién soy yo? Mis manos, ¿de dónde vienen? Yo no me he hecho a mí mismo. Yo no hago nada.

Esto hemos perdido: el asombro frente a lo que es, a lo que somos. Necesitamos aprender a cambiar de dirección, en todo momento, en el búnker, y descubrir de nuevo este asombro para entender lo que el búnker nos está haciendo y para percibir, aunque sea de manera parcial, lo que el búnker conspira para que se suprima. El desafío a la razón hoy en día no es probar la existencia de Dios, sino dismantelar los andamiajes de la falsa lógica que se ha interpuesto entre nosotros y la verdad sobre nosotros. A causa de estas reducciones, lo admitamos o no, el búnker ha hecho de Cristo un mito, una idea sentimental y un policía moral. Esto es un crimen contra Dios, pero es un crimen aún más grande contra la humanidad. Pensad: si reflexionais sobre vuestro modo de pensar, os quedarías sorprendidos por el hecho de que vuestros pensamientos son un dialogo. Os movéis, conducís, os tomáis un café en un bar, aquí, ahora... vuestra mente está en acción –¿con palabras? ¿sin palabras?– pero de una manera u otra siempre como una conversación. ¿Y con quién? Es como si hubiera otro presente. Este ser o esta relación es conmigo siempre, y siempre ha estado aquí.

Reflexionar un instante: sólo por estar aquí, de algún modo, me siento amado. He tenido esta sensación durante toda mi vida, pero no era consciente de serlo hasta hace poco tiempo. Lo daba por descontado, o trataba esta sensación de serenidad y paz que me era donada como un fenómeno naturalista. Tenía una comprensión del amor de Dios como algo abstracto, distante. Supongo que durante mucho tiempo lo había confundido con el amor de mis padres, al que también consideraba natural e indestructible. Pero ahora mis padres han

muerto, y a pesar de todo esto continua. Me siento amado y este sentimiento me reanima, me fortalece con un hambre inagotable por la vida y el vivir. Sin este sentimiento de amor del que hablo la vida sería insoportable y nada en el búnker podría protegerme.

Ha llegado para mí el momento de dar un nombre a este amor, de lo contrario podrían acusarme de ser evasivo. El nombre que le doy es Cristo, este es el nombre de Aquel que me sostiene. No puedo perder a Cristo, pero puedo descuidar Su presencia en el lugar donde estoy. En esta misma sala en la que me encuentro desde hace una hora, mis pensamientos ¿se han abierto para incluirlo? Escuchad... ¿Por qué nos dolemos por la pérdida de Cristo? ¿Es una cuestión de mostrar respeto a Cristo, de honrar Su venida, Su sacrificio, de rendir homenaje a Su Resurrección? Aún con el riesgo de provocar un desacuerdo, yo diría que no. Si fuera sencillamente una cuestión de ofender a Cristo olvidándolo, conocemos bastante Su personalidad para poder vivir con este riesgo. ¡Tal vez el día del juicio podremos ser capaces de convencerlo de haber tenido una solución mejor a la cuestión de nuestro destino! No: la cuestión es que, conforme a nuestra estructura dada e irreducible, no podemos funcionar fuera de la relación divina que Cristo nos ofrece. No es que nos hayamos olvidado de Cristo, sino que, como ha observado Flannery O'Connor, nos hemos transformado en «atormentados por Cristo». Cristo permanece presente, lo sabemos. Sin embargo, no podemos testimoniarlo, no podemos decir su nombre por temor a la sospecha y la condescendencia. Como Pedro, lo negamos hasta el canto del gallo. Pero la misma enormidad del dolor que sentimos –inconscientemente o cambiándolo por otra cosa– constituye la medida de nuestro deseo por Él. La creciente confusión, la disociación, la alienación, la soledad, crean una imagen negativa de la plenitud a la que aspiramos. Cristo sigue estando presente –tal vez aún más claramente– en nuestra sensación de Su ausencia.

Queridos amigos, os invito a identificaros en todo esto.